

KIPCHOGE KEINO, "LA GLORIA VIVIENTE"

***Por sus triunfos la tribu de los Nandi le nombró "anciano".**

***"Cuando recorro mis tierras encuentro la paz".**

Hubo que ir hasta Eldoret, casi en la frontera con Uganda, para encontrar a uno de los atletas más grandes de la historia, Kipchoge Keino, a quien en Kenia llaman la "Gloria Viviente". Apodo que le pusieron en el consejo de ancianos de su tribu, la de los Nandi, a la vuelta de la Olimpiada de México. Para Keino el nombramiento de "elder" (anciano) de su tribu, al modo de los grandes jefes tradicionales y cuando contaba tan sólo veintinueve años de edad, ha sido lo mejor que le ha ocurrido a lo largo de su vida.

Una vida particularmente brillante, pues en Kenia no dudan en decir que Kipchoge Keino ha sido el mejor embajador del país. Que a través del atletismo hizo más para la promoción del país que todos sus políticos juntos. En efecto, para mucha gente, a través del mundo, Keino es sinónimo de Kenia. No es, por tanto, una casualidad si uno de sus Jefes de Estado, Jomo Kenyatta, le distinguió con las más altas condecoraciones. Pero no todo es oro lo que reluce...

--En Kenia, como en todas partes, se te adula cuando estás arriba, luego se te olvida. Yo aquí no soy un personaje, ni siquiera en atletismo, en contra de lo que la gente cree. Por ejemplo, ahora tengo un problema, quiero ser entrenador del equipo olímpico de mi país y a pesar de haber hecho la petición hace tiempo todavía nadie me ha contestado. Y eso que en Kenia faltan entrenadores, y ya no digamos entrenadores que dominen el oficio como yo.

No podía esperar un recibimiento tan apesadumbrado en un hombre que con su sonrisa y su zancada conquistó todas las pistas de tartán del mundo. Me ha hecho entrar en su casa de labranza, que es una especie de santuario de trofeos y medallas, en la que desataca un gran cartel que dice: "In this home Jesús Christ is the head" ("En esta casa Jesucristo es la cabeza"). Kipchoge Keino, no cabe duda, es cristiano. Todo lo especial que se quiera, puesto que está casado con dos mujeres y en eso Keino es muy puntilloso y cumplidor. A cada una de ellas les ha hecho cinco hijos "para que no estén celosas", dice

con una sonrisa, y a cada una de ellas les ha puesto una granja idéntica, el mismo número de vacas, de gallinas y se siembra lo mismo --té, café y maíz-- en ambas.

--Para que todo vaya como las agujas del reloj, dedico lunes, martes y miércoles a una, y jueves, viernes y sábado a la otra.

El domingo descanso porque soy muy católico.

Keino, superado el primer momento de abatimiento, fruto de la incompreensión de los dirigentes del atletismo keniano, se muestra acogedor y simpático. Mientras sirve café quiere recordar su pasado:

--Nací el 17 de enero de 1940, en un pequeño poblado llamado Kapchemoiywo. Mis padres eran muy pobres y tuvieron que hacer grandes sacrificios para mandarme a una escuela comunal. Allí empezó a gustarme hacer deporte, y en especial, correr. Corría siempre de vuelta a casa. Tenía doce años. A los diecisiete años entré en un centro de formación física de la policía, en Kinganjo, y allí tuve mi primer monitor: un inglés llamado Michael Wade. El resultado es este.

Kipchoge Keino acompaña sus palabras con un gesto, como queriendo abarcar todos los trofeos que guarda celosamente en una vitrina acristalada. Está orgulloso de todos y cada uno de ellos, pero especialmente del conquistado el día de su debut, en 1962, en que ganó el título nacional en las tres millas. Con un tiempo modesto ciertamente y, según propia confesión, gracias a que la figura de la época, Nyandika Maiyoro, acababa de jubilarse para el atletismo. Este mismo año sería seleccionado para los Juegos de la Commonwealth, donde terminó undécimo en la prueba de las tres millas (casi 5.000 metros lisos) y se hizo eliminar en las series para la milla.

--En 1963 cambié de entrenador, que fue también inglés, John Velzian, y sufrí una lesión en una rodilla que casi me impidió ir a mi primera Olimpiada, la de Tokio, en 1964. Mi actuación allí fue modesta: acabé quinto en cinco mil metros, con un tiempo de trece minutos cincuenta segundos cuatro décimas.

Pero Keino estaba llamado a ser un "dios" del atletismo Mundial. Y en 1965 comenzaba la gran escalada, que le conduciría al título tribal de "Gloria Viviente" o al de "expreso africano" para los occidentales. El 27 de septiembre batía en Suecia la marca de los tres mil metros lisos, situándola en una cota de siete minutos treinta y nueve segundos cinco décimas, que no se rebasaría hasta 1972. Para Kipchoge Keino se abría la veda de los récords. En Africa los batió todos, desde 1.500 metros a 10.000, pasando por la milla, los 2.000 metros,

los 3.000, las dos millas, las tres millas y los 5.000 metros. El 30 de noviembre, en Nueva Zelanda, arrebató el récord Mundial al australiano Ron Clarke, corriendo los 5.000 metros en trece minutos veinticuatro segundos dos décimas.

--En 1966 me nombraron inspector de policía y al tiempo gané en Jamaica las pruebas de una milla y de tres millas en los Juegos de la Commonwealth. Por delante del norteamericano Jim Ryun, que sería mi gran rival dos años después en la Olimpiada de México y al que volví a ganar en los 1.500 metros. Era mi primera medalla de oro olímpica. Y cosa curiosa: mi otra medalla de oro olímpica, en Munich 1972, la conseguí en los tres mil metros vallas, prueba en la que no me consideraba fuerte. Después de los Juegos de Munich me hice profesional.

--¿Ganó mucho dinero?

--No mucho, no. Yo sólo soy rico en descendencia.

--¿Y en amigos?

--Tampoco tengo muchos amigos.

Kipchoge Keino se muestra reacio a hablar de uno de los temas que más daño le han hecho en su vida particular a la vuelta a su país. A Keino no le han perdonado que se fuera a vivir a Estados Unidos cuando se convirtió en profesional:

--Convertirme en profesional fue una decisión muy meditada. En el atletismo había conseguido fama, pero con la fama no se vive. Necesitaba dinero para encauzar mi vida fuera de las pistas. Ese dinero suficiente para poner una tienda de deportes en Eldoret y comprar las dos fincas me lo dió el contrato con la International Track Association, con la que estuve dos años. Ahorré cincuenta mil dólares y regresé a casa.

--Y no se lo han perdonado...

--Prefiero no contestarle. Ya me ve: aquí estoy, feliz en esta inmensidad. Feliz de estar con mi familia. Cuando recorro mis tierras encuentro la paz. He viajado por el mundo, tengo una idea de lo que es y ahora he optado por la soledad.

Una soledad compartida con dos esposas, sus diez hijos, su tienda de deportes, su café, su maíz, su tractor y sus recuerdos en forma de trofeos. Una vitrina llena de ellos.